

Concepción Casas: crónica de un amor disputado

VENANCIO DÍAZ CASTÁN¹

Es este un capítulo controvertido en la vida de **Joaquín Costa** en el que se muestra, por encima de un enamoramiento que sí tuvo lugar, el deseo de tomar estado en la manera más conveniente, como así correspondía a un hombre joven y con brillante porvenir. **Concepción Casas**, además de objeto de amor y madre de unos futuros hijos, significaba estabilidad social adecuada a sus necesidades y cercanía a su tierra. Pero Concepción tenía un compromiso de noviazgo, más o menos consolidado, con **Vicente Castán Gil**, el primo de Joaquín, que contaba con el beneplácito de ambas familias. Al final, fracasaron ambos en la relación. En la historia de aquel conflicto, Vicente ofrece su punto de vista.

This is a controversial chapter in the life of **Joaquín Costa** which shows, beside the crush that did take place, the desire to formalize a relationship in the most convenient way, as was appropriate for a young man with a bright future. Not only was **Concepción Casas** the object of his love and mother of his future children but she also meant social stability in accordance with his needs and the closeness to his land. Yet, Concepción had made an engagement commitment with **Vicente Castán Gil**, Joaquín's cousin, who had the approval of both families. Eventually, both relationships failed. Vicente presents his point of view in the conflict story.

En la lectura de las *Memorias* de Joaquín Costa² asistimos a su sorprendente enamoramiento de una muchacha de Huesca a la que, al parecer, solo conoce por las confidencias que de ella le hace su primo Vicente Castán Gil, y que a la postre, según manifiesta en carta a Giner,³ ni es hermosa ni es rica. ¿Qué tenía entonces Concepción (*Conchita*) que tanto seducía a Joaquín? Conchita era hija de Serafín Casas, profesor de ambos primos en el Instituto de Huesca e íntimo amigo del padre de Vicente. Indudablemente disfrutaba de una desahogada posición social, era culta y tocaba el piano, prendas todas ellas que la adornaban y suponían una dotación adecuada para el que ya pensaba hacía un tiempo en formar familia en las mejores condiciones. Costa refiere de Conchita que “sus atractivos y su mérito están en sus condiciones de carácter, discreción,

-
- 1 Médico perteneciente a la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas (Asemeya). vdiastcastan@hotmail.com
 - 2 Joaquín Costa, *Memorias*, ed. de Juan Carlos Ara Torralba, Zaragoza / Huesca / Teruel, PUZ / Gobierno de Aragón / IEA / IET (Larumbe, 73), 2011.
 - 3 George J. G. Cheyne (introd. y ed.), *El don de consejo: epistolario Joaquín Costa – Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, Zaragoza, Guara, 1983, carta n.º 1, pp. 29-31.

talento, cultura, sentido práctico e idealidad”.⁴ Sin duda, experimentó lo que conocemos como *flechazo* en el momento en que la conoció en persona, pues de no ser así no se explicarían tantos sufrimientos por amor como pasó.

Para llegar a esta situación nos remontaremos al año 1875, cuando Costa anotaba en su diario la necesidad imperiosa de obtener una cátedra que diese satisfacción a su ambición intelectual. Salvo este camino, no veía ninguno más razonable. Los había, pero él aspiraba legítimamente a la gloria de la cátedra, las publicaciones y el reconocimiento científico. Pero satisfacer sus necesidades más perentorias lo obligaba a complejos periplos por pupilajes y domicilios particulares, uno de los cuales, en marzo, sería el del canónigo Modesto de Lara, que vivía con una sobrina llamada Fermina con la que le unía algo más que el parentesco. Costa fue sensible al afecto que le tomó esta mujer, a la que es posible juzgar como relativamente cultivada por el contenido y la forma de sus cartas. Los meses de abril, mayo y junio discurrieron en otras casas de Madrid en un contexto de pobreza franciscana. Las patronas le exigían el pago de un pupilaje que apenas podía abonar con las escuetas cantidades que le mandaban de Graus sus padres y su tío mosén Lucas.

Al fin las oposiciones de Derecho tuvieron lugar y aprobó, pasando después a formar parte de una terna, hecho que le resultó ofensivo y que lo obligó a renunciar. Aprobó después las de oficial letrado y obtuvo el destino de la Administración Económica del Estado en Cuenca, plaza que no ocupará hasta el mes de septiembre, en el que obtuvo también el Premio Extraordinario del Doctorado en Filosofía y Letras. En la redacción y en la copia del discurso le ayudó su fiel amigo de Graus, el militar Laureano Ducay, personaje importante en la biografía de Costa que siempre estaba dispuesto a ayudarle en los momentos difíciles. En octubre se vio obligado a tomar posesión de la plaza ganada en Cuenca, pero a los pocos días volvía a Madrid para continuar con su trayectoria intelectual. Había logrado que le pusieran un suplente en la pequeña ciudad manchega que todos los meses le enviaba la nómina para firmar y la cantidad de dinero pactada entre ambos, la mitad exactamente.⁵ Al menos, sobre el papel, la pobreza había terminado. Con media paga mensual asegurada volvió a ocupar habitación en casa de José Salamero, su antiguo pupilaje, compartido con Castán y otros de Graus, en la calle de Belén, número 2.⁶

4 George J. G. Cheyne, ed. cit., p. 30.

5 Documento del Ministerio de Hacienda, de 16 de septiembre de 1875, firmado por Emilio Cánovas del Castillo, en el que se le nombra oficial letrado de la Administración Económica de Cuenca, dotado con un sueldo de 2500 pesetas anuales.

6 “Cuando éramos estudiantes nuestra vivienda estaba en la calle de Belén esquina a la de Pelayo. El curso tocaba a su fin y los días de prueba del tiempo invertido obligaban a la reclusión para recuperar conocimientos de manera urgente y trasnochada. Cuando más engolfados estábamos en el estudio, imitando el ejemplo de Costa, llegaban del arroyo ecos de vendedores ambulantes que nos interrumpían en la tarea: ‘A quién dos cuartos, doce rosquillitas del Perú’, ‘¡Nuecero, castañero!’’, ‘A la buena miel de la Alcarria’, ‘¡Queso de la Mancha, queso!’’, ‘¡Trapero! ¿Hay alguna ropa vieja que vender?’’, ‘¡El Imparcial, de ahora, El Imparcial!’’, ‘¡Buenos tiestos de geranios!’’, ‘¡Hoy sale, hoy! ¿A quién le doy la suerte?, ¡Por dos reales los doce mil reales!’’, ‘¡El arenero!’’, ‘¡El requesonero de Miraflores, y a prueba!’’, ‘¡Aguador!’’, ‘¡La Correspondencia de España y El Cascabel!’’, ‘¡Plumeros, pantallas y hule fino!’’, ‘¡Chufas y cacahuets, para la gente de poco dinero!’’, ‘¡Palillos de enebro para la dentadura a dos cuartos!’’, ‘¡El Cencerro, hoy sí que viene bueno, El Cencerro!’...

Al llegar la hora del crepúsculo empezaba la breve tregua de Joaquín, en la que se dedicaba a contarnos anécdotas mezcladas con conocimientos útiles, hasta que el alumbrado público y el de la casa se destacaban con más claridad



Retrato del joven Joaquín Costa.
(Foto: Rivas, 1868; Archivo Histórico Provincial de Huesca, Fondo Joaquín Costa)

Aquel era un lugar de ajetreo. Era una casa de huéspedes con patrona, y creemos que en su exterior se conserva hoy día como entonces. Aparte de los que allí vivían, se constituía en centro de reunión y tertulias de la gente ribagorzana que caía por Madrid por uno u otro motivo. Mosén José Salamero no era un cura al que gustase vivir solo o recluso tras los muros de un convento. Sus inquietudes sociales y culturales le llevaron a escribir y a ser director de publicaciones como *La Controversia* y *El Espíritu Católico*. También gustaba de estar bien relacionado con la alta sociedad madrileña, como lo demuestra la influencia que fue capaz de ejercer en beneficio de sus familiares y de muchos necesitados que acudían a él buscando ayuda. Pero de todas las relaciones y tertulias, las que prefería eran las que mantenía con los de su tierra.⁷

En parecidas circunstancias continuó la vida de ambos hasta el curso siguiente, año 1876. Vicente y Joaquín conversaban sobre las cosas de Graus, de sus respectivas familias, habían compartido la longaniza que les mandaban desde casa y se comunicaban intimidades. Vicente, que cursaba el último año de Farmacia, le contaba que tenía una novia en Huesca con la que deseaba casarse transcurrido un tiempo. Era la hija de Serafín, el que había sido profesor de ambos en el Instituto de Huesca. Vicente hablaba y no terminaba de ensalzar las virtudes de la chica, y esta información no cayó en saco roto, pues Joaquín la estuvo rumiando largamente. Ni que decir tiene que los novios contaban con el beneplácito de ambas familias, máxime teniendo en cuenta los muchos años de íntima amistad entre los padres. Al finalizar el curso en junio, ambos se fueron a Graus. Joaquín lo hacía por primera vez después de cuatro años de exhaustiva dedicación a estudios, oposiciones y publicaciones. Demasiado tiempo sin ver a su familia.

Pero antes de continuar creemos necesario hacer un somero bosquejo en la evolución de ambos primos, cuyas vidas en la juventud estuvieron mucho más vinculadas de lo que se tras-

de las tinieblas. El silencio de la noche sustituía al griterío del día y solo era interrumpido por el rodar de algún simón de alquiler o por el taconeo en las aceras de los que se retiraban al salir de los teatros. La estancia no era amplia, pero estaba bien aprovechada. Los dormitorios ocupaban dos ángulos, y la puerta de entrada y el balcón a la calle Pelayo los otros dos. Los lavabos patroniles, las sillas y los baúles llenaban los huecos. En el centro estaba la mesa de estudio, y en torno a ella nos sentábamos: Joaquín Costa, Morales, López y yo. A primera hora del día se dejaban oír los primeros trasonchadores del pupillaje: Gómez Centurión —el actual académico— y el secretario de don Carlos, don Julio Beltrán de Lis, quienes se retiraban, respectivamente, de la redacción de *El Imparcial* y de los salones aristocráticos.

Tabique de por medio dormía roncando el bueno de don José Salamero, y alguna vez, en nuestra habitación, se alojaba también don Manuel Coronas, el cura del barrio de la Prosperidad. Contrastes de la vida: juntos vivían republicanos, carlistas, conservadores y liberales en perfecta armonía, y la sátira culta, bien manejada, hacía que se borraran las huellas de las amarguras enseñando a aguzar el ingenio” (*Memorias* de Vicente Castán Gil, archivo de la familia Castán).

7 “*La Regeneración* y *El Pensamiento Español* eran los periódicos favoritos de mosén Catoy cuando sucesivamente vivió en los números 13 y 2 de la calle de Belén al amparo de Florencio Vidal, profesor del Colegio de Santa Isabel. Ya años antes, en el número 5 de la calle Barquillo, próxima a la anterior, se venían reuniendo los oriundos de la cuenca del Ésera. Dicho se está, que no por ser todos los asistentes coterráneos habían de profesar las mismas ideas políticas de la prensa ultramontana, pero el fondo del carácter, los sentimientos, los modales y el cariño a la tierra de procedencia, arrastraban a la morada del modesto sacerdote quien, con su honradez y aplicación, obtuvo posición y títulos que lo enaltecían. ¿Quiénes eran los contertulios? A partir del primer pueblo de nuestras montañas y, siguiendo el curso de la nieve fundida, suenan los nombres de Marcial Cornel y Antonio Alvar, de Benasque, Vidal de Santaliestra, don Manuel Coronas cura del barrio de La Prosperidad, don Joaquín Costa estudiante de Derecho y Filosofía y Letras, don Francisco Vila comerciante establecido en la Corredera Baja, Francisco Palacio vecino de Cuatro Caminos, don Domingo Lalueza comandante del ejército, don Laureano Ducay comandante y amanuense de don José Salamero; todos estos últimos nacidos en Graus, y, por último, don Ramón Grau hijo de Roda de Isábena” (*Memorias* de Vicente Castán Gil, archivo de la familia Castán).

luce en las *Memorias* de Costa. Vicente fue a estudiar el bachillerato en el Instituto de Huesca en 1865, cuando tenía diez años, y se alojaba precisamente en la casa de su pariente Hilarión Rubio, el aparejador y maestro de obras de la provincia, para el que entonces estaba trabajando su primo Joaquín desde hacía dos años. Pero, a diferencia de este, su aprovechamiento dejaba mucho que desear, por lo que su padre, Ildefonso, el farmacéutico de Graus, optó por llevarlo el año siguiente al internado de los Escolapios de Barbastro, en donde estuvo dos cursos, al cabo de los cuales volvió al Instituto de Huesca hasta la finalización del bachillerato en 1871. En ese mismo año se matriculó en la Facultad de Farmacia de Barcelona, en la que permaneció dos cursos, hasta 1873, año en que solicitó el traslado a la Universidad Central de Madrid y le fue concedido. Su alojamiento en la capital tuvo lugar en la casa de tu tío mosén José Salamero, que entonces vivía en la calle Barquillo, número 9, domicilio cercano al Colegio de Santa Isabel, que él mismo dirigía, y en el que también se alojaba Joaquín, quien ejercía sobre Vicente cierto grado de protección y lo consideraba en el trato cariñoso como a un hermano menor, como así consta en varias cartas. En el documento de matrícula aparece como fiador de Vicente y domiciliados ambos en la misma casa.⁸ En el modelo impreso, al parecer era necesaria la figura de una persona que se responsabilizase del alumno, que para entonces tenía dieciocho años.

Los siguientes tres años continuaron en el alojamiento de Salamero en régimen de patrona, pero sería en los números 13 y 2 de la calle de Belén. Este último domicilio es muy probable que perteneciera a Florencio Vidal, profesor del Colegio de Santa Isabel, y que su esposa, Cándida Compairé, tuviese las funciones de patrona en cuanto a comidas, limpieza, lavado de ropa... se refiere. Y así llegamos de nuevo a 1876, que marca el fin de la licenciatura de Vicente, con veintiún años, y la resolución de Costa de trabajar y formar una familia cuando tenía treinta años.⁹ Por aquel entonces, Joaquín creía estar enamorado y soñaba con casarse con Salvadora Castán,¹⁰ la hermana pequeña de Vicente, cuando esta tuviese dos años más, pues entonces solo tenía trece. Por supuesto, la chica habría de estudiar y ser muy culta para poder ayudarle.¹¹

Como antes decíamos, ambos primos fueron a Graus ese verano. Vicente, al llegar, pasó de inmediato a ocuparse de la farmacia de su padre, Ildefonso, quien para entonces se había convertido en un importante propietario de tierras de cultivo en unión de su esposa, Salvadora, mientras que Joaquín se disponía a pasar parte del verano con su familia, unos días con sus padres en la calle de Benasque y otros en Arro¹² con su tío mosén Lucas con intención de tomar las

8 Universidad Central. Expedientes académicos de Vicente Castán Gil en la Facultad de Farmacia, año 1873.

9 “¡Contraer matrimonio!, ¡qué falta me hace! ¡Que no lo haya hecho antes! Hace más de diez años vengo suspirando por la familia [...]”. Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., p. 256.

10 Salvadora Castán Gil, hermana de Vicente, nacida en Graus el 22 de marzo de 1863 (véase nota 729 de las *Memorias* de Joaquín Costa en la edición citada). Pasados los años, se casó con Carlos Saura, médico de El Pont de Suert.

11 *Ibidem*, p. 256.

12 Refiere en sus anotaciones que para ir a Arro salió de Graus a la una de la noche y llegó a las diez de la mañana, es decir, nueve horas de camino montado en un burro. Suponemos que haría el viaje de noche para evitar el fuerte calor del mes de julio. ES/AHPHU-COSTA/000030/052-02(2736). Este y todos los demás documentos citados de este archivo pueden consultarse en <<https://dara.aragon.es>>.

aguas sulfurosas. Estando en Arro recibió carta de un compañero (Eleuterio Delgado) en la que le informaba de que la Dirección General había puesto en marcha la dotación de personal de las provincias vascas, y que a Joaquín le correspondía ocupar la plaza de San Sebastián. Él hubiera preferido que le diesen en firme la de Guadalajara, pues la cercanía a Madrid le convenía para presentarse a las oposiciones del Registro, pero tampoco estaba mal aquello de San Sebastián, la belleza de la ciudad, bañarse en la playa de la Concha... Sería cuestión de pedir con el tiempo otro traslado. Con este fin se puso en viaje a primeros de septiembre y al pasar por Huesca se detuvo con la intención de conocer a aquella de la que tantos elogios hacía Vicente, para lo cual fue a su casa a presentar sus respetos al padre, Serafín. Y, ciertamente, la chica le gustó hasta el punto de anotar en su diario: “Ella en realidad vale mucho, no puede satisfacerle Vicente”.

Vicente a su lado era un mocoso. ¿Qué se había pensado? Curiosa conclusión y curioso resumen de una prospección amorosa. Vicente, en realidad, es un joven inexperto de veintinueve años cuyo único mérito sería la herencia de la farmacia cuando se la dejase su padre. A una chica de tales prendas no le podía venir bien un simple boticario de pueblo; qué menos que un oficial letrado o, mejor, catedrático de Universidad. Vicente podrá casarse con cualquier chica acomodaticia y con dinero dispuesta a sepultarse en el pueblo, en una botica llena de albarellos, pócmias, ungüentos y pomadas. Se llenarían de hijos e irían a misa en la parroquia de San Miguel, y los domingos a la de la Virgen de la Peña. Vicente, nueve años más joven, representaba aquello que más rechazaba (o no): familia burguesa, espíritu sedentario, creencia religiosa acrítica... La hija de Serafín, en un análisis rápido, no podía ver en él un futuro prometedor, ya que estaba acostumbrada a la vida de la pequeña ciudad de provincias y el pueblo sería para ella un lugar depresivo. Él conocía bien a Vicente; había convivido con él en Graus, en Huesca y en Madrid. Era un chico campechano, muy amante de su pueblo y de sus costumbres. Las madres de ambos eran primas hermanas, solo que en casa de los Gil los descendientes del abuelo Ignacio Gil (Sallán) habían tenido destinos diferentes. La madre de Vicente, Salvadora, se casó con el de Casa Alifonso, el boticario, y ambos habían recibido el grueso de la herencia, cosas de Aragón. Por el contrario, María, su madre, y sus hermanos se quedaron con pequeñas posesiones y con sus manos para trabajar la tierra. Para colmo fue a casarse con un labrador pobre de Benavente, Joaquín, su padre. Vicente, por tanto, era un privilegiado que había podido elegir estudios sin que le saliesen callos, sin tener que usar las horas de la noche para salir adelante. Por si esto fuera poco, era un mal estudiante.

Definitivamente, Conchita le había gustado mucho y había de ser para él. Y mascullando estos razonamientos continuaría el viaje. Poco le costaría trasladar la plaza de oficial letrado con el fin de estar lo más cerca posible de Madrid, aunque su verdadera intención sería un posterior traslado a Huesca. Además, Vicente estaba a punto de ponerle las cosas más fáciles.

A pesar de estas reflexiones, había entre ambos una relación cordial, entrañable, desde la infancia. Vicente no escatimaba elogios de su primo y no cesaba en sus *Memorias*¹³ de admirar sus capacidades y su dedicación al estudio. Se sentía a gusto en su casa, con aquellos familiares humildes, ejemplo de trabajo y dignidad aragonesa del campo, y les hacía frecuentes visitas a

13 Archivo de la familia Castán.

su casa de la calle de Benasque. No obstante aquella pobreza, Vicente sentía al lado de ellos un calor de hogar que no experimentaba en su propia casa, a pocos metros de allí. Pero algo estaba sucediendo en el domicilio de los Castán que le haría modificar sus planes iniciales.

En noviembre hubo nuevo traslado para Costa, en esta ocasión, tal como había solicitado, a Garbayo,¹⁴ a Guadalajara, ciudad próxima a Madrid que le facilitaba la continuidad de contactos con la Institución Libre de Enseñanza y la preparación de otras oposiciones. De todas formas, intentó, sin éxito, un traslado a Madrid. En Guadalajara seguía con el sueño enamorado de Salvadora Castán, pero la figura de Concepción ya se había deslizado con fuerza en sus pensamientos.

A partir de enero del año siguiente (1877) se inició entre Castán y Costa una correspondencia relacionada con los minerales y los fósiles que Vicente enviaba a Augusto González Linares, responsable del museo de la Institución Libre de Enseñanza; en otra carta le encargaba a Joaquín que le tramitase el título de licenciado en Farmacia, en otra le enviaba libros, etcétera; pero en ninguna se hacía mención de Conchita.¹⁵ En todas ellas se puede apreciar el entusiasta espíritu de colaboración de Vicente con su primo, a quien encantaba que le tuviesen informado de todo cuanto ocurría en Graus.¹⁶ Amigos y familiares estaban pendientes de las publicaciones de Joaquín y leían con avidez los artículos suyos en la *Revista Europea* y *La Revista Española*. Vicente le contaba que Julián, el maestro, decía que empleaba un lenguaje superior a sus conocimientos y que por eso no los entendía, y que también los leía Evaristo Romero. Joaquín, al contestar, manifestaba su impaciencia por saldar todas sus deudas, hecho que levantaba la protesta de Vicente, quien decía que habían quedado todas ellas saldadas. Se refería con certeza a una capa que le habían prestado el invierno anterior y que Joaquín se había visto obligado a empeñar para hacer frente a sus gastos.

Pero en febrero Vicente había resuelto ya marcharse de Graus. Había tenido un fuerte encontronazo con sus padres. Le daba igual hacer oposiciones a Sanidad Militar que ir a Alicante o a Santander, el caso era salir de allí como fuera.¹⁷ Ante el asombro de todos decidió viajar en marzo con rumbo inicial a Madrid. Deseaba coincidir con Joaquín en la estación de Guadalajara con el fin de saludarlo y entregarle un envío de su padre.¹⁸ Una vez en Madrid,

14 Casimiro Pío Garbayo de Bofarull, oficial del Ministerio de Fomento. Véase nota 754 de las *Memorias* de Joaquín Costa en la edición citada.

15 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2866).

16 “[...] por la adjunta nota verás los discursos del P. Feijoo escritos en su *Teatro Crítico* y que en ninguno de ellos está el que pides, pero te la remito por si alguno tiene relación o por si hubieras equivocado el título. He registrado la librería de don Manuel Lasierra y no tiene ninguna obra de este autor. No obstante, registraré en casa de Albar o de Evaristo [...] nuestro querido amigo mosén Coronas falleció el 11 de septiembre, y la víspera de la fiesta le dieron sepultura. Murió repentinamente. Esta mañana ha ocurrido otra muerte repentina que no dudo que sentirás: ha sido la de mosén Vicente Aguilar. Don José Salamero no ha salido de esta, y supongo que no lo hará hasta el 3 o el 4 del próximo mes [...] Agradeceré mucho tu recuerdo. Sin más por hoy, manda cuanto quieras a tu primo y servidor. V. Castán. P. D. Espero tener dentro de dos o tres meses una buena colección de minerales de los que se encuentran en el país para la ILE. Tu familia sigue sin novedad, lo mismo que la mía. Ambas te saludan, lo mismo que los amigos. ¡Hace una hora ha muerto el célebre Pajazas!”. ES/AHPHU-COSTA/000030/052-02(2738).

17 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2853).

18 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2857).

siempre alojándose en la casa de Salamero en la calle de Belén, se entrevistó con él, pero nada le dijo de sus planes con respecto a Concepción. Fue a visitar a Francisco Giner, en la Institución, y estuvo también con Augusto González Linares para entregarle los fósiles de Graus. Este último fue quien le recomendó para trabajar en la farmacia de Comillas, lugar al que iban varios miembros de la Institución Libre de Enseñanza durante los veranos.¹⁹

Costa se tomaba a broma la espantada de Vicente. En carta a su tío Salamero, le decía:

Querido tío. Supongo que habrá llegado a esa *l'enfant prodigue*, de quien tuve ayer carta y para quien es la adjunta: no tengo tiempo de repetirla, aunque noto que ha salido demasiado burlesca...²⁰

En los apuntes de su diario, Costa no podía evitar hacer comentarios sangrantes e injustos, en ocasiones acerca de las personas que más quiere o más afecto le han demostrado. Es el caso de Vicente, quien para la vuelta de Madrid a Graus se encuentra con una situación que se le antoja opresiva con el paso de pocos meses. Costa Larrégola, al escribir a su hijo, le comenta que la causa de la marcha de su primo de Graus se debe a la negativa de estos a hacerle heredero.²¹ Nos cuesta trabajo creer que ese fuera el motivo, o el único motivo. Sabedor de las ideas conservadoras de la casa en la que, además de la farmacia, había que ocuparse de otros negocios, el joven boticario intuía que iba a sepultarse de por vida allí sin haber apenas recorrido mundo. A primeros de abril, tras la entrevista que tuvo en Madrid con su primo, Costa anotaba en su diario:

Vicente pasó por aquí a principios de mes, [...] ha reñido con su familia, se ha emancipado y se va a regentar una farmacia. Y ¿por qué? ¿Porque no quieren hacerlo heredero! Quería casarse desde luego y ser dueño de la casa de su padre, o que le diesen la botica. ¡Majadero! Después de todo, no era fácil su permanencia en casa faltándole experiencia de la vida, siendo tan frío y calculador como es, con el carácter de su madre, dominante y que desconfía de él, y a quien él no ama, con el carácter ultramontanésimo de su padre, etc. ¡Vaya a aprender en la escuela de los desengaños! Culpa en parte tienen sus padres: ¡haberlo dedicado a un oficio!²²

Vicente, ignorante de los planes de Costa, estaba ya en Comillas en abril al frente de la farmacia. Escribe a su primo contándole con entusiasmo cuánto le gusta su trabajo, los minerales que va recogiendo, lo mucho que lee y estudia, lo pintoresca que es aquella comarca santanderina y lo muy agradecido que está a los amigos de la Institución Libre de Enseñanza.²³

Joaquín tenía para entonces una confidente a la que hacía cómplice de todos sus planes. Se trataba de Fermina, la sobrina de un canónigo (Modesto de Lara) a la que había conocido en su casa cuando mantenía con este una relación que consideró bochornosa, y quien en sus cartas a Costa, de un modo anómalo y confuso, le daba tratamiento de hijo, invistiéndose a sí

19 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2866).

20 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2874).

21 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2855).

22 Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., p. 265.

23 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2883).

misma como madre adoptiva. Había quedado viuda de un marido siempre enfermo, con un hijo llamado también Vicente, y sola desde la marcha del canónigo a Zaragoza, a donde lo habían destinado. Se trata de una relación con esta mujer mayor que él, que fue en algún momento íntima y no prosperó por los cauces que suelen ser naturales, quedando un trato exclusivamente epistolar. Costa, al mantener de manera prolongada esta relación, muestra una fuerte necesidad afectiva hacia la mujer, que ya necesita regular y hacer realidad en la persona de Concepción. El plan estaba urdido y Fermína le dice al respecto:

Elche

Abril 15 de 1877.

Querido hijo [...] Muchísimo me alegraría poder mediar en su proyecto de novia, pues sabe le deseo todo lo mejor para su felicidad, y como V. vale tanto, preciso es que mucho valga la que ha de ser su compañera [...] Yo haré siempre las veces de madre en todo momento que sea necesario [...] me alegro que este verano desista de su país, así tendremos en grandísimo gozo de verle aquí en su casa, y bañarnos en Alicante. Entonces trataremos despacio de nuestros asuntos [...] Respecto a Vicente, creo difícil distraerle de la novia, pero en la precisión de tomar un remedio tendrá que hacerlo...²⁴

A su vez, Joaquín ha ido enviando diversas solicitudes de cambio de destino, hasta que por fin, al mes siguiente, se le ponen las cosas a tiro. De la Asesoría General del Ministerio de Hacienda le llega una nota de su superior, Garbayo, en la que le comunicaba que había renunciado a la plaza de Huesca su titular, Sabino de Navas. Al fin, la plaza de Huesca era suya y allí se trasladó de inmediato.

Enterado su padre en junio de que ya no estaba en Guadalajara y de su nuevo destino, le escribe a Madrid manifestando entusiasmo por tenerle cerca. Van a poder ayudarle, le protegerán mejor por su mala salud, porque es un descuidado que solo sabe estudiar. En el pueblo hay movimiento. Lasierra ya se ha enterado y ha preguntado...

Para vivir en Huesca precisaba de un sitio que estuviese céntrico y bien presentable con arreglo a su categoría. Hubiera querido alojarse en la Fonda La Estrella, en la plaza de la Corralaza, y así hubiera recordado ratos de su juventud pasada, pero el amigo Luis Vidal le informó de que ya no existía. Sin embargo, había otras casas en la Cuesta de las Procesiones, en el callejón de San Salvador o frente a la casa donde vivió Tomás Lalaguna, etcétera. Por supuesto, la familia patricia de los Tolosana conoció la noticia y esperaba recibirle en su casa sin excusa alguna. ¡Qué situación tan diferente a la de entonces! Ahora de levita, cuello duro y chistera para las ocasiones, y entonces... El periódico de Huesca daba fe de su llegada a la ciudad en julio de 1877. Desde el comienzo de su estancia se dedicó al asedio de la fortaleza de los Casas, en la calle de San Salvador haciendo uso de su proverbial inteligencia y su vasta cultura. Escribía colaboraciones literarias en la prensa y frecuentaba las reuniones sociales en las que podía encontrarse con Conchita y con los amigos de la alta sociedad oscense. Sin embargo, a pesar de que la estructura de pensamiento de Costa distase mucho entonces de la de un revolucionario, su adscripción a la Institución Libre de Enseñanza supuso un fuerte escollo para el éxito de sus pretensiones, y su primer acercamiento a la pretendida no fue exitoso, aunque apreció síntomas

24 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2879).

de poder triunfar con insistencia.²⁵ Del adecuado progreso de sus planes, y de la presteza con que los puso en marcha, da noticia a su confidente de Elche, a la que no solo le hace sabedora de ellos sino que le ofrece un protagonismo representativo para el caso de que salga airoso de ellos, a lo que ella contesta el día 24 de aquel mismo mes de julio:

[...] Muchísimo me alegró la noticia de su traslación, mucho más ahora que sí le va mejor, se pasea, tiene amigos y espero haga amiga pronto a la que deseo conocer [...] No tenga miedo por las calabazas que le dio porque V. vale muchísimo más que todos y esto debe conocerlo ella [...] Ánimo y dígame qué resultados va dando el proyecto, que yo mientras tanto procuraré ponerme buena por completo cuando llegue el caso de ser su madrina de boda con Concepción...²⁶

Y abunda sobre sus sentimientos refiriéndose a posibles resultados inciertos de los exámenes de su verdadero hijo, Vicente:

[...] De todo daré a V. noticia en el momento en que sepa algo de cierto, pues sabe que su pecho es el archivo de mi confianza. En él se encierran y encerrarán siempre mis lágrimas o satisfacciones, pues tengo aprendido por experiencia que solo Dios y mi hijo Costa pueden medir cierta clase de sentimientos que a mi otro hijo no me es posible ni debo revelar jamás [...] A Dios [...] su buena madre que tanto le quiere. Fermina.²⁷

¿Verdaderamente los proyectos incluían la pantomima de presentar a Fermina como madre y madrina de boda en caso de matrimonio con Concepción? ¿Qué sentimientos albergaba que eran tan inconfesables? Indudablemente, el papel de Fermina estaba muy lejos de ser tan circunstancial y secundario como se esboza en la biografía de Costa. Parecía que esta señora era la única mujer merecedora de todas sus confidencias de debilidades y carencias de sabiduría en el campo femenino. Su verdadera madre, María, enferma de verdad y con las manos encallecidas, suspiraba por verle pero sabía que entonces su hijo era un hombre importante al que no podían incomodar ante aquellas gentes de Huesca. Con vivas muestras de cariño, le dice en una carta:

[...] Te doy la enhorabuena por el buen recibimiento que te dieron. Dijo Lasierra que te habían recibido como al señor obispo. No sé si *baldiarían* las campanas de todas las parroquias. Si no estuvieses en una posada me hubiese ido con Diego a verte. Si quieres arrendarte una habitación vendría yo a cuidarte una temporada y me llevaría los atavíos precisos para principiar a vivir, y después iría la Vicenta otra temporada y estarías mejor cuidado que con extraños, y tal vez no gastarías tanto [...] Si te parece te mandaré dos pares de calcetines, que ya están hechos. Yo deseo que te vengas a cambiar de aires unos días [...] Sin más recibe los afectos de todos y manda lo que gustes a tu madre que te quiere y verte desea. María.²⁸ (1 de agosto de 1877)

25 Para conocer mejor los pasos de Costa en Huesca durante esta época consideramos imprescindible la lectura del trabajo del profesor Ara Torralba "Más noticias acerca de la segunda estancia de Costa en Huesca (1877-1879), continuadas por dos raros artículos del período: 'La moralidad en el siglo xvii' y 'Lo grande y lo pequeño'", *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 21 (2004), pp. 5-29.

26 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2933).

27 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2933).

28 ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(2936).

El tesoro de Costa no estaba en Huesca, sino en Graus. Una madre, una familia pobre pero buena y honrada, amante de los suyos y de sus costumbres. El problema consistía en que aquellas personas, con todo dolor de corazón, no eran compatibles con sus proyectos en aquellos momentos.

A finales de julio Vicente, en Comillas, ignoraba el paradero de su primo hasta que José Salamero le escribió contándole que se había trasladado a Huesca. Volvió a escribirle felicitándolo por sus logros y tratando de justificar nuevamente su huida de Graus. Quería demostrar a sus padres que podía vivir independiente de ellos, que no les precisaba, pero todo ello sin resentimiento.²⁹ En otra de las cartas le pedía que preguntase en Huesca por el precio del papel con membrete en letras doradas³⁰ y en ella le cuenta cómo discurre su vida allí, sus éxitos con la pomada para las grietas de los pechos y la gran aceptación de su esencia de zarzaparrilla, todo con alegría casi infantil. Sabedor de las relaciones de amistad de Joaquín en Huesca, le envía recuerdos para Serafín Casas y Leonisa Soler, padres de Conchita, ignorando por completo el asedio a que esta se veía sometida. A este entusiasmo Costa respondía el 29 de octubre con una carta despectiva que creo que no llegó a enviar, aunque sí conservó el borrador. De forma no exenta de mal gusto se burla de sus letras doradas sin tener en cuenta que entonces era un estilo comercial muy difundido entre los farmacéuticos y otros profesionales. La carta era a todas luces excesiva, con un rencor innecesario y desmedido del que algún tiempo después, como era habitual en Costa, tendría que arrepentirse en todas sus reacciones iracundas. Sin embargo, en una carta anterior, de agosto,³¹ le había reconvenido por su actitud intransigente con sus padres y, con el tono afectuoso pero firme de un hermano mayor, le recomendaba que cesase cuanto antes en su actitud y volviera lo antes posible para hacerse cargo de la farmacia y ayudar a sus padres en todos sus intereses. Así pues, Costa, del mismo modo, con muchas personas con las que se relaciona y de las cuales es deudor en muchas ocasiones (véase Ducay, familiares, Fermín Mur, Giner, Salamero, Vicente, Lasierra, Bescós, Gambón y un largo etcétera), mantiene un sentimiento ambivalente de cariño y de intransigencia que le cuesta serios y dolorosos arrepentimientos.

Decíamos, pues, que Vicente desconocía los movimientos de Joaquín cerca de Conchita, como asimismo ignoraba que la jovencita lo desdeñaba, como también lo había hecho con Mariano Vidal³² y posteriormente lo haría con Lucas Mallada. En lo que respecta a las relaciones con sus padres, los ánimos se habían calmado mucho para el verano de 1878, tal vez por el hecho de haber

29 Carta de Vicente Castán Gil.

30 29 de octubre. Borrador de carta de Joaquín Costa a Vicente Castán Gil: “Te veo con gusto caminar por la escabrosa senda de la inmortalidad. ¡Tu nombre en letras de oro! ¡Chico, chico! Me has dejado bizco. Nosotros nos quemamos las cejas, nos morimos llenos de reumas, de parálisis, de gota.... con medio pulmón más o con menos, y no alcanzamos tanto: lo que es hacer las cosas al vapor los simples farmacéuticos. ¡En letras de oro! Si no vuelvo de mi sorpresa: estoy deslumbrado: has logrado tu objeto (sic): preparaste bien el golpe: bizco y deslumbrado pues, por lo que veo, eres ya todo un hombre! Y encargas etiquetas a Huesca... ¿Pues qué te parece a ti que es Huesca? ¿Y qué concepto tienes formado tú de las letras de oro? ¿Letras de oro en Huesca? ¡Jamás, jamás, jamás! Huesca ya no basta para ti, desengáñate; tú no cabes en Huesca: la provincia ha perdido a uno de sus hijos. Costa dice que podrías hacerlas de imprenta, pero la imprenta no te basta ya, es cosa atrasada para ti, ya se ve, como que concentras al vapor, como que haces pucherovaporología... Quién lo había de decir: ¡tan pequeño que eras hace unos cuantos años!”.

31 Carta de Joaquín Costa a Vicente Castán Gil de agosto de 1877.

32 Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., n. 736.

enfermado la madre de Vicente. Aquella estancia en Comillas había sido muy provechosa para él, porque había adquirido experiencia profesional, además de disfrutar de la enriquecedora amistad de Francisco Giner y de otros miembros de la Institución Libre de Enseñanza, como Linares y Cossío (Vicente, llevado por el entusiasmo de Costa, era ya miembro cotizante de la Institución). También había aprovechado para recibir clases de francés y de piano, etcétera.

De las manifestaciones en el diario de Joaquín es posible deducir que ya estaba intensamente enamorado de Concepción, y que la figura de Vicente, aunque empequeñecida por la distancia, se le hacía molesta por su pretensión de boda con ella. Siempre en su línea, se siente necesitado de tratarle en tono sarcástico de burla, haciéndole ver su inferioridad:

Hoy he escrito a Vicente (a Comillas, Santander), y le digo una cosa que le disgustará enormemente: “He descubierto que me tenías engañado como a un chino: estaba en la creencia de que Concepción era tu novia, y ahora resulta que no hay tales carneros, ni sombra; ya me sospechaba yo algo, y aun algos, al verte dejar el país tan campechano. Lo siento por ti, porque está lindísima y vale un Perú; la he encontrado mejor que el año pasado...”³³

El seguimiento de los pasos de Joaquín desde el mes de julio en que llegó a Huesca a lo largo de sus *Memorias* es la lectura de una cadena de despropósitos que terminó con un estrepitoso fracaso. Si bien se debatió obteniendo algunos progresos durante algún tiempo más, lo cierto es que parece que fue a la llegada del invierno cuando daba el asunto por terminado. A pesar de todo ello tenía esperanzas, puesto que con posterioridad escribió a Francisco Giner pidiéndole consejo,³⁴ y porque puso en marcha un complicado y turbio manejo según el cual el canónigo Modesto daría pruebas de su religiosidad y honestidad a la familia de Conchita.

Sin perjuicio de lograr un éxito cerca de aquella amada rodeada de dificultades por todas partes, consideraba que su estancia en Huesca tocaba a su fin, y nuevamente volvió a pedir un traslado a su jefe.³⁵ También escribió a Vicente contándole asuntos cotidianos, pero ni una sola palabra de Conchita.³⁶ En poco más de un año había estado destinado en cuatro lugares diferentes. Vivía en un intenso debate en el que con frecuencia le acudían accesos de llanto por la irremediable pérdida de la amada: “Diecinueve siglos batallaban, ¡y yo, en el campo de esa batalla, actor y testigo y víctima!”. Esta última expresión utilizará el profesor Cheyne para encabezar el capítulo de Concepción en su biografía.³⁷ Contrastan estas palabras

33 Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., p. 274.

34 Carta que da título e inicio a la obra del profesor Cheyne *El don de consejo: epistolario Joaquín Costa – Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, ya citada.

35 “19 de diciembre. Sr. D. Casimiro Garbayo. Querido amigo: Desde que anuncié a V. mi llegada no ha pasado nada de particular que me obligue a escribirle. Lo único que ha pasado es el verano, y me conviene ya salir de aquí... Hágame el favor de decirme si está aún vacante la plaza de letrado de Guadalajara y trasladarme a ella. Si no lo está, estoy dispuesto a ir a cualquier otra parte que no sea Canarias, pues a toda costa necesito salir de aquí; a nuestra vista le explicaré por qué. Saluda afectuosamente a su señora y a su hija y abraza apretadamente a V. su afmo. amigo y S. S. J. C.”. ES/AHPHU-COSTA/000030/052-03(3011).

36 Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., p. 320.

37 George J. G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 2011, capítulo xi: “... Actor y testigo y víctima...”.

con las usadas por Vicente en sus *Memorias* para dar título a este episodio: “Traidor, desleal e hipócrita”, como veremos a continuación. Costa no acababa de comprender las razones de su rechazo, y en sus especulaciones sospechaba que su tía Salvadora ponía al corriente a la madre de Conchita de la pobreza en la que vivía su familia en Graus, o que comenzasen a hacerse evidentes los signos de su enfermedad en una pierna, además de los ya conocidos en el brazo derecho. Cualquier razonamiento le parecía mejor que el más que probable temor de Conchita a contrariar los deseos de su padre aceptando una relación que se presentaba muy turbulenta. En el mes de julio de 1878, tras una carta de Joaquín, que debió de resultar sumamente ofensiva, Conchita daba por terminado cualquier tipo de relación entre ambos. Aún le quedaba la esperanza de ennoviar con Salvadora Castán, a la que iba a ver en algunas ocasiones al Colegio de Santa Rosa,³⁸ en el que estaba interna. Sin embargo, decía seguir enamorado de Concepción.

Durante el verano Vicente había recompuesto las relaciones con su familia y se disponía a volver, cosa que no ocurrió hasta el 30 de enero de 1879, día en que el tren lo dejó en Huesca. Pero dejemos que sea él quien nos relate lo sucedido desde la distancia del tiempo en que lo escribió, en 1915.

Traidor, desleal e hipócrita

Cuán duro se hace el lenguaje de la verdad para quien falta a sabiendas con sus deberes; y qué mal sientan los anteriores epítetos a aquellos que están convencidos de la rectitud de aquel a quien se atribuyen. Pero el tiempo, que cubre de densos nubarrones la Tierra, se encarga asimismo de despejar el horizonte para que la luz penetre en todas partes.

Se lo perdoné todo porque la quería, y no conservé un átomo de rencor por su proceder; pero la lección no se ha borrado de mi mente ni aun después de muerto el genio.

Me dijo más de una vez, durante nuestros estudios de facultad, que me consideraba como si fuera su hermano menor, sin pensar en aquel otro que más tarde había de remover sus restos cadavéricos.³⁹ Yo creí, y creo que era verdad, que no hacía más que corresponder a mi cariño con pruebas demostradas. Me fie de su palabra y le confíe mis secretos más íntimos, sin pensar que su conocimiento había de ser más tarde la causa de nuestra ruptura, la de su soberbia pisoteada y la muerte de aquel ángel que Cn [Concepción] se llamaba.⁴⁰

Poco después de terminar la carrera cambiamos nuestro rumbo. Me fui a mi pueblo y, a pocos meses de estar allí, me trasladé a Madrid y luego a Comillas. De paso por Guadalajara, cuando era oficial letrado, salió a abrazarme a la estación y me recomendó una visita para D. F. G. de los R. y D. G. de A.⁴¹

Durante mi estancia en la perla del Cantábrico menudeó nuestra correspondencia. Él se trasladó a la ciudad sertoriana (Huesca), y, con este motivo y aprovechando mis confianzas, usando y abusando de mi ausencia, trató de ocupar el puesto que yo tenía cerca de mi amada. Y, fingiendo sinceridad y gracias a su talento, entraba con frecuencia en la casa de mis amigos.

38 Actualmente Archivo Histórico Provincial de Huesca.

39 Tomás Costa.

40 Por parte de Vicente parece excesivo atribuir la muerte de Concepción a los disgustos causados por la pugna amorosa. De hecho, es conocido el cortejo amoroso que mantuvo simultáneamente con Mariano Vidal y con Lucas Mallada.

41 Francisco Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcárate.

Mi marcha a la villa cántabra hizo enfriar cálculos paternos sobre el porvenir de su hija, y la asidua entrevista y el elogio de mis cualidades despertaron en aquella familia primero simpatía, después afecto, y quién sabe si más tarde hubiera conseguido la realización de su intento. Pero, si Salomón fue vencido, ¿por qué él había de ser una excepción en la humanidad?

Próximo ya mi retorno a Graus, preparó el terreno para que no apareciera su derrota y yo desconociera el hecho de la traición y deslealtad, cubriendo con máscara hipócrita su actitud. A este fin me escribió en repetidas ocasiones manifestando la satisfacción que experimentaría viéndome transformado en mi país y el placer de reanudar nuestras relaciones verbales, y me encargaba que no dejase de avisarle el día de mi llegada a Huesca, donde saldría no solo a recibirme sino a llevarme a su casa. Y en efecto, sabiendo aproximadamente por la madre de C. el día de mi arribo, salió cuatro días consecutivos a la estación, y precisamente al siguiente día llegué. Fuimos en derecho a la casa de la que amé, cosa que no podía evitar sin un rompimiento total con toda la familia a la que unían vínculos tan estrechos con mi padre que una frase del jefe bastará para tomar concepto de la estima: fue mi padre (q. e. p. d.) a visitar a su amigo D. Serafín, recién casado, y la presentación que le hizo a su señora fue esta: "Aquí tienes a mi amigo a quien considero y estimo como mi segundo padre. Solo deseo que lo consideres y respetes como a tal".

Después de cumplir con los primeros deberes de gratitud, cortesía y amistad fui a la Diputación, donde estaba mi primo y amigo Joaquín quien, al verme entrar en el salón donde tenía su oficina, se alzó del asiento y, con sorpresa de los empleados por las demostraciones de aprecio, vino a abrazarme efusivamente. Conversamos un breve rato, en el que recriminé mi conducta por no haberle telegrafiado mi llegada y creí notar cierto resquemor que le denunciaba. Me dio cita para vernos más tarde y rechazó ir a casa de mis amigos con fútiles pretextos. Salimos juntos, me llevó al Casino Sertoriano,⁴² me presentó a sus amigos y al notar mi frialdad, que no pude disimular, me dijo que en sus amigos había producido extrañeza mi conducta. Luego fui a despedirme de él y no lo encontré; a cambio recibí una tarjeta suya en la que decía: "Aquí quedo, en Huesca, hasta mi traslado, donde me tienes a tu disposición por si puedo serte útil. Tuyo, tu primo J."

Me casé después de una ruptura difícil de saldar, y, cosa rara, también sin yo saberlo, fue con otra solicitada por él en la playa de Saturrarán.⁴³ Se casó y murió la amada de ambos lejos de la metrópoli y volvió a reanudarse nuestra amistad sin que nunca se hiciera después mención de lo ocurrido.⁴⁴

Esta traición, esta deslealtad, no alcanza el valor y el cinismo de lo ocurrido con el que más se sacrificó en su holocausto, el bueno de L. D.⁴⁵ [Laureano Ducay]

En relación con aquellas fechas, Costa anotaba en su diario lo siguiente:

42 El Casino Sertoriano ya existía desde hacía dos años, y estaba situado en el Coso Alto, junto a la plaza del Teatro Principal (Asociación Aragonesa de Críticos de Arte – AACA Digital).

43 De acuerdo con esta información de Vicente, se trataría de Cándida Zuloaga y Zabaleta, hija del damasquinador Plácido Zuloaga, nieta del armero Eusebio Zuloaga y hermana del pintor Ignacio Zuloaga. Saturrarán era por entonces una playa de moda situada en el término de Motrico y disponía de buenos establecimientos hoteleros. A ella fue a veranear mosén José Salamero al menos en un par de ocasiones. Fue allí donde trabó relaciones de amistad con la familia Zuloaga, a la que fue a visitar también a Éibar, lugar en el que vivían. Como consecuencia de su papel de casamentero, facilitó el matrimonio de Cándida con Vicente en 1889. En cierto momento no conocido, es posible que José mediara en Saturrarán para lograr ese matrimonio con Joaquín con resultado infructuoso. Pudo haber sido en el verano de 1876, cuando Costa estaba en San Sebastián como oficial letrado. Salamero estaba lejos de sospechar que aquella misma playa iba a ser tras la Guerra Civil la cárcel de mujeres de la República más importante de España y una de las más sangrientas.

44 Conchita se casó con Martín Piracés Lloro, fiscal de la Audiencia de Mayagüez (Puerto Rico), y murió dos años más tarde en aquella ciudad como consecuencia de unas fiebres puerperales (véase Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., n. 1076).

45 Turbio episodio en el que Costa tuvo un enfrentamiento con Laureano Ducay, a quien trató injustamente a pesar de haber recibido de él multitud de favores.

31 enero 1879

[...] Anoche vino Vicente Castán: está en su casa. Hoy he ido a buscarle: he estado un rato con él y ellas; me he bromeado con los talentos de C. C., hiperbolizándolos tanto que ella ha conocido era burla; mi objeto, que Vicente diga a su madre que me bromeo con ella, como cuando ella (Salvadora) estuvo aquí, a pesar de que no las visite.

En el Casino, Naval⁴⁶ le ha dicho que yo tenía relaciones con C. C. o que las había tenido (no he podido averiguar de aquello o esto). Por la cara que ponía Vicente cuando adiviné que se lo decía, parece que no sabía nada. Ha disimulado y nada me ha dicho. ¿Es que se cree estar ya enfrente de un rival? Le he bromeado acerca de ella y de su próximo enlace con él, para evitar que me embromase él, pero ha estado reservado y se ha contentado con decir: “Hay otro más afortunado”. Le he dicho: “Se casará contigo, pero enamorada de otro que no la quiere”. Él enlazará cabos sueltos en Graus y lo descubrirá. ¡Indigna situación! ¡En qué ridículo he caído!⁴⁷

Joaquín tenía verdadero interés en no chocar con Vicente y para ello deseaba que quedasen ocultas sus relaciones con Conchita, o cuando menos, si hubo algo, que había terminado ya; pero no pudo evitar que Mariano Naval, íntimo amigo de Vicente, le contase cuanto sabía del asunto.

Ildefonso Castán, padre de Vicente, aparece en la historia de este suceso en el año 1878. Había frecuentado la casa de su amigo Serafín durante los últimos meses por cuestiones personales y en ella había coincidido con su sobrino Joaquín en varias ocasiones, y al parecer desconocía lo que estaba sucediendo. Junto con otros profesionales y hombres conocedores de la materia en la provincia, entre ellos su propio padre, había colaborado a solicitud suya en la elaboración del capítulo “Derecho consuetudinario del Alto Aragón”, de la obra más ambiciosa *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, y por ello aparece entre los agradecimientos del prólogo en el mes de mayo, cuando ya el conflicto se había enfriado. Con el fin de que no se enterase por otras personas, Joaquín le escribió en febrero una carta a Graus en la que, de manera *rabiosa*, según se expresa en sus *Memorias*, lo ponía al corriente de sus amores con Concepción Casas y por qué motivo estaba tan resentido, a la que Castán le respondió de manera pausada y con deseos de restablecimiento de la amistad interrumpida entre ambos primos:

Graus

13 de febrero de 1878

Mi querido sobrino Joaquín: Recibí tu carta y he cumplido los encargos que en ella me hacías. Yo mismo llevé a tu madre las treinta pesetas que me encargas, y el día anterior, antes de recibir tu carta, le di a Ibor seis reales que me pidió con orden tuya. Puedes entregar ambas cantidades, cuando te venga bien, a la maestra de Salvadoreta para los gastos extraordinarios de esta.

He leído con detenimiento tu carta, sin prevención de ninguna clase, con la calma y sangre fría que debe tener un hombre de 55 años. Me alegra saber algunas noticias de las que en ella me das;

46 Mariano Naval Torres, abogado y diputado provincial, nacido en Peralta de Alcofea. Gran amigo de Vicente Castán, quien refiere de él que su capacidad y aplicación en la carrera le valieron para ganar un premio al opositor Antonio Maura. Hace de él un elogio por su reconocida bondad, así como destaca también su característica de ser un despistado en grado superlativo, hecho que le valía que le gastasen bromas con frecuencia. En aquellos días de Costa en Huesca, ejercía como abogado en Peralta de Alcofea e iba con frecuencia a la capital. También hizo amistad con Costa, con el que colaboró en la recogida de datos por los pueblos sobre dances, coplas y romances para su trabajo *Poesía popular del Alto Aragón*. Años más tarde sería vicepresidente de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.

47 Joaquín Costa, *Memorias*, ed. cit., pp. 415-416.

otras hubiera querido mejor ignorarlas ahora. Si cuando podía poner remedio me las hubiera notificado algún amigo, me hubiera hecho mucho favor.

Si tú hubieras padecido en algún tiempo la enfermedad que supones aqueja a Vicente disculparías su proceder, que yo no apruebo, siendo como tú dices. El tiempo hará que volváis en amistad; yo no perdonaré medio para conseguir que os améis como parientes y como íntimos amigos.

He enterado a tu tía de tu carta para que notifique si algún juicio temerario había formado sobre ti y sobre tu proceder. No he considerado oportuno enseñársela a Vicente; cuando lo sea ya le iré enterando. Parece que Vicente viene con buenos propósitos; hasta ahora se porta bien. Yo, por mi parte, cedo y transijo en cuanto debo ceder.

Cuídate y recibe afectos de tu tía y míos, y ya sabes que siempre me encontrarás dispuesto para practicar el bien hasta donde alcancen mis fuerzas y mi poder. Se despide hasta otro día tu tío que te quiere, Ildefonso Castán.⁴⁸

Solo conocemos las intenciones de Costa en su carta por sus *Memorias*, pero no todo su contenido. Por la contestación de su tío podemos deducir que en ella le hacía saber sus muchos padecimientos económicos del pasado, así como se quejaba de la brusquedad con que le había tratado Vicente al enterarse de su relación con Conchita. Indudablemente, estos familiares de Graus padecían a juicio de Costa de la misma ideología que Serafín Casas, el ultramontanismo; pero de su comportamiento habitual hacia su sobrino y su familia hay que deducir que su trato era afable y cariñoso, más bien dispuesto a hacer favores que a escatimarlos.

Tras el enfrentamiento, las relaciones entre Joaquín y Vicente se enfriaron durante al menos ocho años. Vicente aceptó dócilmente el papel que le reservaba su padre al frente de la farmacia, mientras que Joaquín pasó aquel verano de 1879 también en Graus para poner de nuevo sus ojos en Madrid a su término. El hecho de no haber votado al candidato oficial en las elecciones del 20 de abril, el barón de Alcalá, lo puso en su contra, y esa fue la causa de que le diesen un destino forzoso a León, decisión que lo encolerizó justamente y no aceptó, renunciando a la plaza mediante solicitud de excedencia. Nunca volvió a acordarse de Conchita. Entre sus miles de páginas repletas de recuerdos e intimidades, no consta ni una sola mención a aquella muchacha de Huesca por la que tantas lágrimas había derramado.

48 ES/AHPHU-COSTA/000012/021-6(1171).